

— **REAH** —

Espina Plateada y El Bosque de los Susurros



Una nueva aventura protagonizada
por personajes mágicos y criaturas fantásticas

m̄

REAH

ESPINA PLATEADA
Y EL BOSQUE DE LOS SUSURROS

mr̄

© Patricia Buigues García (Reah), 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño, 2019
Ilustración de cubierta e interior: © Marta Nael
Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-270-4496-8
Depósito legal: B. 3.870-2019
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Black Print

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice

1. LA CIUDAD DEL MIEDO	11
2. LA VOZ DE LA SABIDURÍA	21
3. MALA FORTUNA	29
4. MISIÓN SOSPECHOSA	39
5. UN PROBLEMA NOBLE	49
6. ACERO ÉLFICO	57
7. LA FIESTA DEL PELIGRO	67
8. DE VIDA O MUERTE	75
9. EL DESPERTAR DEL CORAZÓN	83
10. LA GRAN BIBLIOTECA	91
11. EL LAMENTO DEL ZORRO	101
12. ROJO RUBIE	109
13. LA HIJA DE LA LUNA	117
14. EL TEMPLO DE LA LUZ	127
15. GIGANTES DE PIEDRA	135
16. LA VERDAD DE LOS CORAZONES	143
17. EL PUEBLO MALDITO	151
18. LA ABERRACIÓN	159
19. UN REENCUENTRO INESPERADO	169
20. EL PRINCIPIO DEL FIN	177
21. EL DESPERTAR	187



1

La Ciudad del Miedo

Casi podía escuchar la voz de su amiga mientras miraba a sus ojos. Dos pequeños y afilados iris de color verde esmeralda le devolvían una mirada burlona. «¿Qué esperabas?», habría dicho si pudiese mientras se alejaban de un campesino al que le había hecho unas preguntas que no hallaron respuestas. «Sí, lo sé, pero no tenemos muchas opciones», le hubiese contestado algo frustrada, esperando ver por su parte una mueca divertida. Pero esas conversaciones solo sucedían en el interior de su mente, anhelando en secreto volver a tenerlas con ella. Era curioso cómo el silencio que tanto buscaba en el pasado se había convertido en algo incómodo que la hacía sentir triste y culpable al mismo tiempo. Pero su corazón albergaba esperanza. Estaba totalmente segura de que encontraría la forma de devolver a su amiga a su estado original, esa pequeña chica, no tan pequeña según ella, que canturreaba sin parar en las largas travesías.

«¿Por qué?» era la eterna pregunta. «¿Por qué la había salvado arriesgando su propia vida?». Miraba a su compañera, de camino a su siguiente destino, sabiendo que no podía pre-

guntárselo incluso teniéndola tan cerca. Con agonía, comprendió que sus actos habían hecho daño a otros demasiadas veces y tenía que compensárselo de alguna manera. Le acarició dulcemente la cabecita de zorro al mismo tiempo que el animalillo le devolvía una mirada curiosa y extrañada. Shayna apartó rápidamente la mano, sintiendo cómo ardían sus mejillas. Levantó la vista al frente, cogiendo con fuerza las riendas de su caballo sin decir nada, sintiendo alivio por primera vez de que Meinu no pudiera burlarse de ella.

Llevaban un tiempo viajando casi sin descanso. Habían recorrido multitud de pueblos y ciudades buscando información de toda clase: hechizos, rituales, pactos o cualquier otra cosa mágica o no mágica que pudiera devolverle a Meinu su cuerpo. La primera opción fue buscar a más seres como ella, kitsunes que pudieran traerla de vuelta, pero resultó ser más difícil de lo que parecía. Descubrió que se trataba de criaturas con costumbres nómadas, que viajan en solitario o en pequeños grupos y que rara vez toman contacto con otras razas. Además, sus particulares habilidades hacían que fuera más sencillo para ellas pasar desapercibidas ante los demás u ocultar con ilusiones los lugares en los que estuvieron. Cuánta más información descubría Shayna, más culpable se sentía. Quería devolverle el favor, recuperar a su amiga y poderle preguntar todas las cosas de que no fue capaz cuando tenía la oportunidad.

Su segunda opción fue la de recabar información, así que inició un viaje sin retorno. Recorrió todos los pueblos y ciudades que encontró. Preguntó a sus gentes por cualquier hechizo o ritual que pudiera serles útil. Pero no encontró las respuestas que esperaba. Descubrió que la magia no estaba al alcance de tantos como creía y que la gente de a pie no tenía ese tipo de conocimientos. Así que pensó en preguntar por hechiceros y hechiceras, chamanes o ritualistas de suficiente poder. Pero los campesinos que se encontraba tampoco conocían gente así. Se le terminaban las ideas, y tras el desconcierto del último cam-

pesino ante sus preguntas, la desesperanza empezaba a adueñarse de su corazón.

Revisó mentalmente todos los pasos que había recorrido hasta el momento, todas las respuestas que había obtenido hasta entonces. Quizá no había estado haciendo las preguntas adecuadas. En su afán por obtener soluciones, se había apresurado y quizá por ese motivo estaba fallando. Aminoró la marcha de su caballo hasta que lo hizo parar y, con delicadeza, se apeó al tiempo que dejaba al zorrillo en el suelo. Cogió las riendas y se apartó del camino, sentándose en una roca grande al lado del animal. Meinu la miraba de cerca, observando cada movimiento de la muchacha. Shayna, absorta totalmente en sus pensamientos, sacó de su faltriquera un mapa bastante desgastado y arrugado. Lo desdobló con cuidado y con el dedo empezó a trazar la ruta que habían seguido hasta el momento. Murmuraba palabras sueltas para sí misma mientras se llevaba el dedo del mapa a la boca casi sin parar. Meinu, quien no había dejado de observarla, llamó su atención rascando la bota con su patita.

—Estoy pensado, Mei. Dame un segundo —dijo sin mirarla.

El zorrillo paró un momento y se sentó a su lado mirando con atención, pero al poco tiempo de no recibir respuesta volvió a rascarle más rápidamente. Shayna miró hacia abajo impaciente, momento en el que Meinu paró en seco mientras le sostenía la mirada, todavía con la pata apoyada en el cuero.

—Está claro que sigues ahí dentro —sonrió—. Nos vamos a desviar un poco. Creo que deberíamos viajar hasta Tymor. Quizá ahí encontremos algo.

El animalillo se encogió en sí mismo haciéndose aún más pequeño. Era obvio que no le gustaba el destino que proponía. Shayna le acarició la cabeza una vez más con dulzura.

—Sé que es peligroso, pero no hemos encontrado nada yendo de granja en granja. Confía en mí, tengo una corazonada.

Meinu respondió a las caricias moviendo la cabeza y acercándose más a la muchacha. Sabía que tenía razón, pero no

quería ponerla en peligro. Si no, nada de lo que había hecho habría valido la pena. Shayna se levantó, se guardó el mapa y emprendió de nuevo la marcha hacia Tymor, una ciudad conocida por servir de refugio para grandes grupos de convictos y sus cabecillas. Era un lugar donde se reunían seres muy poderosos de todas las razas, así que si tenía alguna posibilidad de encontrar un gran hechicero, era allí.

Con determinación y más animada se subió al caballo, acomodó a Meinu en su regazo y, con un movimiento ligero y rápido, sacudió las riendas para ponerse al galope. Sabía que si mantenía ese ritmo podría llegar en pocos días y no quería perder más tiempo, así que continuó utilizando el camino real. Aunque no era de su agrado viajar por él, era la forma más rápida de desplazarse entre ciudades grandes, ya que los caminos secundarios solían estar ocupados en pequeños tramos por grupos no muy numerosos que, por cuestiones territoriales, los proclamaban como propios. Por lo que si uno quería pasar por allí, debía pagar un peaje o incluso algo peor si se negaba.

Después de varios días, la «Ciudad del Miedo» se alzaba en el horizonte. Una tímida muralla semiderruida en muchos puntos rodeaba la aglomeración de casas construidas con ladrillos oscuros. Algunas historias afirmaban que el color rojizo oscuro característico de las casas de Tymor se debía a la cantidad de asesinatos que sucedían en sus calles. La sangre salpicada en los ladrillos de adobe se secaba sin ser limpiada, dejando ese color tan particular. De ser ciertas las historias, Shayna no quería ni imaginar cuánta gente debía de haber muerto para manchar así toda la ciudad. Mientras se acercaba a sus puertas, se ajustó la capucha para que le tapase la cara y escondió a Meinu bajo su capa. Sin detenerse y cabizbaja entró en la ciudad. Algunos viandantes gritaban frases a su paso, algunas en idiomas que Shayna no conocía. Haciendo caso omiso, continuó su camino hasta unos establos cercanos, en la parte de atrás de una destartalada posada. Bajó del caballo y, sin hablar, lanzó una moneda de cobre al joven que, lejos de limpiar los

establos, parecía estar removiendo la mugre con un gran cepillo igual de sucio.

Entró a la posada por la parte de atrás. En el interior, dos hombres se propinaban puñetazos con desgana mientras otros vitoreaban y cantaban alrededor. Echó una mirada rápida para ver que no suponían ninguna amenaza. Estaban tan borrachos que difícilmente podían mantenerse en pie y apenas acertaban al aire cada vez que intentaban pegarse entre sí. Pasando desapercibida llegó hasta la barra y le pidió a la posadera una habitación para una noche. Esta, sin dejar de gritarles a los hombres del fondo, se giró y recogió una gran llave de hierro bastante oxidada. La puso sobre la mesa mientras seguía elevando la voz. Shayna alargó la mano para recoger la llave cuando, de repente, la posadera dio un manotazo sobre la barra tapando la llave.

—¡El pago se hace por adelantado! —le rugió, inclinándose para tratar de ver debajo de la capucha.

La muchacha se echó la mano al cinto con torpeza, ya que con el otro brazo sostenía a Meinu, tratando de esconderla. La posadera se percató en el acto y empezó a gritarle.

—¿Qué traes ahí abajo? ¿Un perro? ¡Los bichos están prohibidos en mi casa! Son demasiado ruidosos.

No podía creer lo que estaba oyendo. Podía entender que no quisiera animales en la posada, pero la excusa del ruido era demasiado inverosímil.

—Este no hará ruido. Es mi cena —respondió con contundencia mientras terminaba de sacar las monedas.

La mujer se quedó mirando el bulto esperando ver un atisbo de movimiento, pero este yacía totalmente inmóvil bajo la capa de la forastera. Después de unos segundos, levantó la mano cogiendo la moneda y volvió a poner su atención en la pelea. Shayna recogió la llave y subió a la habitación sin esperar. Una vez dentro echó el cerrojo y dejó a Meinu sobre la cama. Al hacerlo notó que realmente parecía estar muerta. El zorrillo se quedó simplemente tumbado en la

cama sin moverse, con la lengua fuera y los ojos fijos muy abiertos. La chica se quedó mirando unos segundos y empezó a zarandearla.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —le preguntó asustada, sin obtener respuesta.

Volvió a sacudirla con algo más de energía, pero el zorrillo no se movía. La muchacha dejó de tocarla y, con la boca abierta, la miró mientras trataba de recordar lo que había hecho al entrar en la ciudad. ¿Y si al bajar del caballo había hecho algún movimiento brusco que la pudo lastimar? ¿Y si estaba tratando de ocultarla con tanto ímpetu que la había asfixiado sin querer?

Cuando sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas sin entender cómo podía haber pasado, el zorrillo reaccionó haciendo la croqueta por la cama, para finalmente quedarse boca arriba mirando a Shayna, con la lengua fuera y una mirada que, si hubiese podido hablar, habría dicho «nada es lo que parece».

—¡Serás!... ¡Casi me da un infarto! ¿Por qué has hecho eso? —le espetó Shayna todavía con lágrimas en los ojos.

Meinu se levantó de un respingo y se quedó mirándola con cara de enfado. Parecía que no le había gustado la excusa de ser su cena para poder llegar a la habitación.

—Por favor, ¡sabes que no te comería! ¿Qué podría haber dicho si no? ¿Preferías quedarte en ese establo mugroso?

Mei hizo un giro rápido con la cabeza para evitar la mirada de Shayna, haciéndose la ofendida. Dándola por imposible, la chica se dirigió hacia la puerta.

—Voy a buscar información, no salgas de aquí. —Y cerró tras de sí.

Bajó las escaleras a toda velocidad y volvió a la barra, donde la posadera seguía gritando. Los hombres insistían tratando de zurrarse, esta vez desde el suelo. Se puso justo delante de ella tapando su línea de visión.

—Necesito información.

—¿Has dejado al bicho muerto en la habitación? —le preguntó, ignorando su petición.

La chica sacó otra moneda, esta vez de oro, que dejó en la barra sin apartar la mirada de la posadera. La mujer la agarró y, mirando a Shayna desconfiada, se la llevó a la boca para darle un mordisco, dejando ver los pocos dientes negros que aún conservaba.

—¿Dónde puedo hallar a alguien con el don mágico?

—Tres manzanas más abajo llegarás al barrio conocido como el barrio de los chamanes —le dijo sin apartar la mirada de la moneda, que seguía revisando desde varios ángulos.

Cuando Shayna se disponía a salir, la posadera alargó un «Y...» sin decir nada más. Con hastío, sacó otra moneda y la puso sobre la barra.

—Ve a la casa que tiene un cartel con una espiral en su entrada. Di que vas de parte de Margot —le sugirió mientras trataba de morder la segunda moneda—. Y, por cierto, después de que pases tu noche aquí no vuelvas jamás.

Tan pronto como terminó la frase se metió ambas monedas en el escote y salió por detrás de la barra en dirección a los borrachos a punto de desfallecer. El consejo dejó a Shayna extrañada. No es que pensase quedarse allí mucho más tiempo, así que ¿a qué venía la advertencia? Sin esperar más, salió de la posada en la dirección que le había indicado.

Con paso decidido, atravesó la calle. Podía notar cómo algunas miradas se clavaban en ella, así que aceleró el paso. Una vez en el barrio de los chamanes escudriñó con la mirada todos los portones en busca del cartel mencionado. Al poco, lo descubrió al final de una calle, así que arrastró la pesada puerta de madera para acceder al interior. Al entrar descubrió un zaguán pequeño que desprendía un olor dulce aunque cargante. Al fondo había una puerta visiblemente en mejor estado que la anterior, coronada por dos portavelas que alumbraban la estancia con una tenue y titilante luz. A los lados había un par de banquetas decoradas con tapetes de color rojo y bordados do-

rados, además de una alfombra de piel de animal, probablemente de un oso, que ocupaba todo el suelo visible. Sin saber muy bien donde se había metido, avanzó y golpeó con la alda para hacerse oír. Después de un momento, la puerta apenas se entreabrió, mostrando lo que parecía un hombre encorvado, con una colorida túnica que le tapaba la cara por completo. Después de un momento de silencio, Shayna habló.

—Necesito encontrar a alguien con el don mágico. ¿Usted podría...? —No llegó a terminar la frase cuando la puerta ya comenzaba a cerrarse. En un acto de desesperación, dijo apresuradamente—: ¡Vengo de parte de Margot!

La puerta paró en seco y volvió a abrirse un poco más. El hombre levantó la cabeza y miró a la muchacha con atención. Shayna dio un respingo. Unos ojos reptilianos de un color entre amarillo y verde muy intenso la examinaban. Sabía que los hombres lagarto existían, incluso había llegado a ver alguno, pero nunca tan de cerca. Trató de recuperar la compostura dando un paso al frente, y permaneció quieta hasta que el hombre habló.

—Descúbrete la cabeza —le dijo con una profunda voz.

Sin pensárselo, se apartó la capucha dejando ver su larga trenza plateada y sus orejas de semielfa. Las pupilas del reptiliano se agitaron repentinamente, inquietando a la muchacha. Después de un rato que pareció eterno, el hombre se giró y, con un breve «sígueme», entró a la siguiente sala. Shayna hizo lo propio y entró. El olor dulce de la entrada le golpeó como si fuera un mazo impactándole de lleno. Una sala muy amplia y extraña se extendía ante ella. Repartidas por toda la estancia había mesas que hacían las veces de camillas. Algunas de ellas tenían extraños artilugios, entre los que se contaban incensarios, botellas pequeñas con líquidos de diferentes colores y otros ingredientes como hojas, flores, bayas y ramas secas. En otras, personas aparentemente desnudas reposaban mientras otros reptilianos se movían a su alrededor, usando sobre ellos los diferentes ingredientes. Shayna no podía estar segura de si

esas personas estaban vivan o muertas, ya que no entendía qué clase que ritual estaban realizando allí.

Siguió al hombre hasta el final de la estancia para entrar por otra puerta a lo que parecía una sala de descanso más pequeña. Varios reptilianos entraban y salían por las puertas situadas en los extremos portando diferentes ingredientes. Al fondo, alrededor de un narguile, varios cojines reposaban en el suelo. Dos hombres lagarto sentados sobre ellos sorbían con brío de unas finas mangueras. Caminaron hasta ellos y, después de decir unas palabras en un idioma desconocido, el hombre que acompañaba a Shayna salió de la sala sin decir nada más. La chica permaneció de pie observando tanto a los dos hombres sentados como el ajetreo que tenía alrededor. Una voz igual de profunda que la anterior la devolvió a la realidad.

—Por favor, siéntate.

Dubitativa, finalmente se sentó. Desde el suelo, se fijó en que los dos hombres parecían muy ancianos. Uno de ellos extendió la mano y le ofreció una de las mangueras. No queriendo parecer irrespetuosa, la cogió vacilante y se la llevó a los labios. Sorbió con temor y sintió cómo la boca se le llenaba de un extraño sabor, una mezcla entre mora y ceniza. Sin poderlo evitar, tosió con energía y devolvió la manguera a su dueño. Los hombres volvieron a sorber hasta que uno de ellos dijo:

—¿Qué buscas, chiquilla?

—Estoy buscando a alguien con el don mágico —contestó, aliviada por poder comenzar la conversación.

—No me has respondido —respondió con calma el otro anciano.

Confundida, se giró hacia a él. En ese momento se dio cuenta de que ambos reptilianos parecían estar ciegos, ya que sus ojos mostraban un color blanquecino, como si estuvieran cubiertos de niebla. Sin saber a quién mirar y después de meditar un poco, respondió.

—Busco información para hacer un ritual.

—¿Y cómo sabes que necesitas hacer un ritual? —preguntó el mismo hombre.

«Buen punto», pensó. Había asumido que la única manera de devolverle a Meinu su forma original era a través de un ritual, pero realmente no lo sabía. Respiró profundamente y, tras pensarlo un poco, dijo solemne:

—Busco respuestas.

Un silencio sepulcral llenó la sala. Los dos hombres seguían tomando del narguile con movimientos calmados y suaves mientras Shayna los miraba inquieta. En un arrebato de impaciencia, Shayna alargó la mano haciendo ver que quería la manguera. El anciano se la pasó sin preocupación y sin mirarla. La chica sorbió de nuevo, esta vez encontrando más agradable el sabor. Al devolvérsela, el otro anciano habló.

—A las afueras de Gratus existe un pantano. En su interior vive una erudita que tendrá las respuestas a tus preguntas.

Sin vacilar ni un instante, Shayna se levantó de golpe y, dando las gracias apresuradamente, salió de la habitación. Ya había perdido suficiente tiempo en aquel local tan extravagante y debía ponerse en camino lo antes posible. Con paso acelerado volvió a la posada, donde encontró a Meinu en el alféizar de la ventana.

—¿Qué haces ahí? ¡Alguien podría verte! Y recuerda que en teoría estás muerta.

Mei la miró con fastidio y saltó a la cama. Ignorando su expresión, la chica se lanzó a la cama también y empezó a contarle con emoción lo que había descubierto. Por fin tenían una pista, un camino que recorrer sin ir a ciegas. Después de compartir la experiencia, sacó una ración de viaje que repartió con su compañera. Por primera vez en años, Shayna se metió en la cama cuando apenas empezaba a anochecer. Estaba impaciente por partir en dirección hacia ese pantano.